

Compendio

Vol. 4

Taller de escritura
de Ceci Gomez Rosati

Noviembre 2025

TABLA DE CONTENIDOS



01 Carta de la Editora

de Ceci Gomez Rosati

02 Fran y Mel

de Catalina Reyes Carrera

03 Cielito

de Eliana Peirano

04 Objetivo de la clase: sobrevivir

de Valentina Vega Toledo

05 Eternizada

de Lara Dumas

06 Carbono

de Federico Sanchez

07 Humanos TV

de Macarena Cardozo

08 El último viaje con Julián

de Alejandra Sunem

09 Invitación

Lo que sigue



CARTA DE LA EDITORA

Este grupo tuvo la particularidad de tener personas de distintos países y distintos recorridos.

Argentina, Chile y México se unieron los miércoles al mismo tiempo para contar historias.

Historias cortas, honestas y muy particulares. Cada autora, o autor fue haciendo un recorrido que en algunos casos empezó tímidamente pero que sin dudas continuó cada vez con más fluidez.

En algunos casos eran los primeros cuentos, y en otros eran parte de un proyecto de inspiración para una novela en curso.

Edades, oficios, ciudades: la historia y bagaje de cada quien trabajando en yuxtaposición dos horas a la semana.

Y precisamente fue ese crisol que hizo de este grupo algo único.

Te invito a leerlos.

A recorrer rutas oscuras, encuentros íntimos, palabras sensibles, y tiempo.

En el taller trabajamos ocho aspectos de la narrativa. Ocho disparadores que en algunos casos fueron textos, imágenes, recuerdos, juegos o incluso música.

Cada ejercicio inspiró estas historias. Y si bien el disparador fue el mismo, verás que cada autora o autor hizo un recorrido particular.

Dejate llevar de la mano por estas líneas a universos sensibles y únicos.

Y si en algún momento querés hacer el recorrido, estás a un click de distancia de poder unirte al próximo taller.

Ceci Gómez Rosati

Escritora, tallerista y editora de Compendio



FRAN Y MEL

Un cuento de Catalina Reyes Carrera

“

Desde la primera vez que huyeron de ese taller de teatro es que nunca dejaron de huir. Mel no huía de nada en específico. Fran huía un poco de todo.

”



La Fran disfrutaba de pintar, era lo que más le gustaba hacer. Pintaba en las servilletas, antes de dormir y mientras tomaba desayuno, era su gran amor.

La Mel disfrutaba de ver a Fran pintar, no porque le gustaba la pintura, sino porque le gustaba Fran. Disfrutaba verla siempre, que era lo mismo que verla pintar. Ella era su gran amor.

Y Fran pintaba a Mel. Muchas veces, o ciertas veces o alguna vez, cuando no estaba pintando algo más. Y Mel disfrutaba de eso, de ganar por alguna vez la batalla contra las pinturas de Fran.

Se habían conocido hacía ya tres años en un taller de teatro, las dos lo odiaron, pero desde entonces estaban juntas.

Fran siempre seguía a Mel. La acompañaba a donde fuera y tan lejos como quisiera. No le importaba decidir. Le importaba estar en movimiento, tener nuevos lugares que pintar y... estar con Mel. Pasar todo el tiempo posible con Mel.

Desde la primera vez que huyeron de ese taller de teatro es que nunca dejaron de huir. Mel no huía de nada en específico. Fran huía un poco de todo.

Supongo que fue en el verano de ese tercer año, desde que huyeron por primera vez. Entre algunos besos, algún viaje o entre alguna pintura. Que Mel ya no quiso seguir huyendo.

Luego de eso, Fran empezó a pintar menos y comenzó a huir más. Intentó llevar a Mel con ella y por mucho tiempo lo logró. Recorrieron el mundo entre silencios y miradas.

Quizá Fran se distrajo un poco. Quizá no sostuvo con tanta fuerza la mano de Mel. Quizá pestañeó de más, pero para el cuarto año Mel dejó de huir.

Y ella también.

Fran se encontró a sí misma pintando los mismos jardines, las mismas salas y las mismas vistas de un departamento en un quinto piso.

Entonces fue el turno de Mel de sostener a Fran, de intentar crear en su departamento todo el mundo.

Pero en algún punto que se encontró a Fran pintando un gran cuadro, de otro mundo, de otros jardines, de otros espacios.

Tardó tres meses en hacer el cuadro. Entre algunos besos, algunas miradas, algunas cenas, algunas salidas.

Fran pintó las últimas flores caminando en otros jardines, buscando nuevos cielos, buscando nuevas miradas.

Para cuando terminó el cuadro, Mel ya no miraba a Fran pintar, y Fran ya no pintaba a Mel.





CIELITO

Un cuento de Eliana Peirano

El motor del auto hizo un ruido similar a un disparo. Hice presión con la llave a ver si lograba arrancar, pero el auto evidenciaba sus años. Ante el suceso inesperado, me quedé un rato con las manos al volante y la mirada en el sombrío horizonte de la ruta.

No quedaba ni una luz. La tormenta había dejado olor a tierra húmeda. Solo se escuchaba el sonido de las ramas de los árboles que se resquebrajaban a causa del viento. Por cierto, sin preámbulos, mi celular marcaba estar sin cobertura.

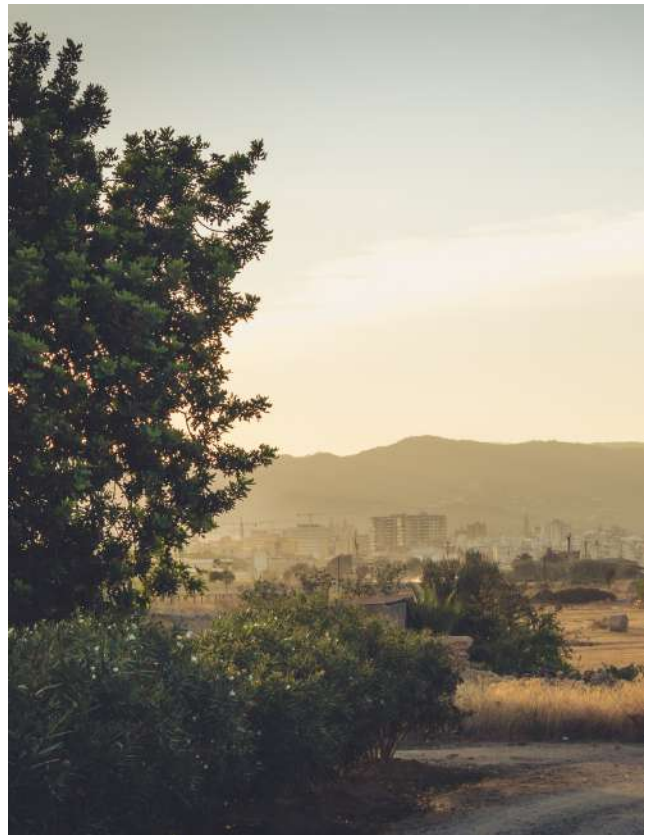
A unos metros logré ver una luz. Era una pequeña casa en medio del campo con la luminaria amarillenta encendida. Quizás alguien en esa casa podría prestarme ayuda. Reuní el coraje suficiente y me dirigí a la casa rural que se asomaba entre los árboles.

De lejos parecía que la puerta estaba abierta. Pese al escalofrío que me recorría el cuerpo, me animé a entrar. Las circunstancias me obligaban.

Apenas puse un pie escuché una melodía, como si fuera un *jingle* en repetición constante. Me sonaba familiar. Más bien me remontaba a mi niñez.

Se trataba de un villancico navideño. De esos que cantábamos en coro con mi familia durante mi infancia. Suspiré y sentí que me envolvió el olor característico de mi abuela Nina: un perfume con un encanto de rosas.

Con cada paso que daba por el hall de entrada, el sonido del villancico era más fuerte.



Parecía que venía de la habitación principal. Deberían estar sordos en esa casa para escuchar la música a semejante nivel, pensé.

Golpeé temerosa la puerta de la habitación principal: Knock, knock... Una calma desconcertante. Golpeé más fuerte. Pregunté en voz baja si había alguien ahí. Pero no hubo respuesta solo un inquietante silencio. El jingle navideño en pleno estribillo parecía cantar más alto que mi voz. Me hizo erizar la piel.

A pesar de que me estaban sudando las manos, decidí entrar a la habitación con paso vertiginoso.

Antes de que pudiera tocar el picaporte, la luz amarillenta parpadeó dos veces y se apagó.

Silencio absoluto y aterrador; el villancico se cortó de golpe.

En la oscuridad y en la desolación de esa casa de campo, escuché una voz susurrar: "*Cielito*".

Solo mi abuela Nina me llamaba así. El corazón me salía por el pecho. Quise responderle, pero mi voz se desvaneció en el aire. Ya era muy tarde. Afuera la tormenta había vuelto y en medio de la oscuridad, comprendí que no había forma de salir de ahí.



OBJETIVO DE LA CLASE: SOBREVIVIR

Un cuento de Valentina Vega Toledo

Ser profe de repente es difícil. Pareciera que hay que tener todo perfectamente alineado todo el tiempo: la clase preparada, los materiales listos, las planificaciones.

¡Putá que cuesta tener el libro de clases al día! Y una se persigue: de repente una mirada de UTP la interpreta como un regaño, olvidándose de que ellos también están pa' la cagá.

Que se te escapa un cabro chico de la sala. *Cabro de mierda*, dice una en su mente, porque claro, hay que ser ejemplo de buen vocabulario.

Entonces ahí estaba yo: una mañana después de volver de una licencia médica por estar con cagadera.

Ni disfrutar la licencia pude, porque qué rico es tener licencia por estupideces. Ya había comenzado apurada desde la noche anterior, porque a última hora estuve preparando la clase de Física. Un PPT lindo, un videíto que hable por uno. Una actividad con un simulador. Estupendo.

Pero esa mañana me agaché a recoger un calzón que se me había caído cuando siento algo húmedo fluir libremente entre mis nalgas, sin pedir permiso. Mi pijama quedó embarrada de caca. ¡Putá la wea! Me fui corriendo al baño; hoy no tengo excusa para faltar al trabajo. Así que tuve que lavarme rápido para no llegar atrasada.

"Ya, no importa" —me decía, intentando bajarle el perfil, mientras iba toda apretujada en el transporte público—. "Ojalá no se me salga un gas con sorpresa", también pensaba.

Llego al colegio, afortunadamente todo normal durante la jornada, hasta que llega la clase de Física. Me preocupé de abrir antes todos mis recursos en el computador, y menos mal, porque lo abrí y estaba reiniciándose. Maldita sea, la actualización que postergué por días ya no aguantó y decidió actualizarse justo ahora. Por suerte, aún tenía un poco de tiempo.



“

Objetivo de la clase: que algo me funcione bien hoy, pensé.

”



Apurada me fui a recolectar todas las cosas que me faltaban: cable HDMI, control de la tele... ¡control de la tele! ¡Chucha!

Corrí a buscarlo a UTP antes de que tocaran el timbre, rogando que la fuerza al correr no soltara mi esfínter. Volví a la sala de profes, agotada. Bien, ahora solo me faltaba el cargador. Cargador, cargador, cargador... vamos... No lo encuentro, ¿qué hago? Sonó el timbre y tenía que subir a la sala. No encontré el cargador y salí a la vida.

“¿Alguien tiene un cargador de compu HP que me preste?”, pregunté por el grupo de la comunidad educativa mientras preparaba toda la parafernalia de la bendita clase.
15%.

“Yo tengo uno. Te lo mando con la estudiante.”
¡Gracias al cielo! Intenté conectarme a internet, lentísimo. 10%. Llegó el cargador. A duras penas cargó la página del simulador. Todo al fin perfecto para comenzar la clase. Espera, no conecté el cargador.
5%

No parecía cargar. Dios mío, no funciona.
“El cargador no funciona”, escribí desesperada por el grupo.
2%.

“Vale, en la sala que estás está malo el enchufe, no es el cable”, me escribió por interno una compañera amiga. Frustradísima, me atreví a escribir: “¿Y qué wea funciona en esta cagá de colegio?”. Enviar.

Ya, a hacer clases a la antigua, con plumones y pizarra. Objetivo de la clase: que algo me funcione bien hoy, pensé. En eso que escribo, mi celular comienza a vibrar. La jefa de convivencia escolar.

“Vale, elimina el mensaje que mandaste por el grupo.”

“¿Qué mandé?”

“Revísalo.” Y colgó.

Abro mi celular. Grupo de la comunidad educativa.

Yo: “¿Qué wea funciona bien en esta cagá de colegio?”

¡Conchesumadre!





**¿Cuándo fue la
última vez que
escribiste una
historia?**



“De no ser por ese calor quemante en mi piel, estaba segura de que iba a perderme completamente en ese momento”



ETERNIZADA

Un cuento de Lara Dumas

Esa mañana los rayos de sol irrumpían en el ventanal del estudio de Julieta y me acariciaban, como una mano divina. La silla de metal en la que estaba sentada me calcinaba las piernas, pero no me molestaba; de alguna manera, me ayudaba a mantenerme con los pies sobre la tierra. De no ser por ese calor quemante en mi piel, estaba segura de que iba a perderme completamente en ese momento: no en la proliferación de pinceles en la habitación, sino en la mano de Julieta, que los sostenía con una delicadeza hipnotizante. No en las salpicaduras de pintura que formaban pequeños puntitos en las paredes, sino en las pecas de Julieta, que los reflejaban a la perfección. No en los ojos de los abundantes retratos, sino en la mirada de Julieta, que aterrizaba en mí cada tanto y emprendía un vuelo apresurado hacia su obra en proceso nuevamente.

Cada vez que me echaba un vistazo, sentía que algo en mí se desconfiguraba y me costaba mantenerme quieta. Pero tenía que hacerlo, porque yo era la modelo de su obra.

Le habían pedido que pintara a un conocido en la facultad, y había tenido la fortuna de ser la elegida. Al principio me había negado, no muy convencida de que valiera la pena retratar a una criatura tan ordinaria como yo. Julieta me había golpeado cariñosamente el brazo y me había dicho que dejara de joder. Finalmente había aceptado, aún algo distraída por la sensación de su mano en mi piel.



Ya había pasado aproximadamente un mes de esa conversación, y ahora nos encontrábamos en la última sesión de pintura. Julieta repasaba los detalles finales, mientras yo intentaba encontrar las palabras para preguntarle si ella me veía en todo lo que me apasionaba, así como yo la encontraba en cada parte de ese estudio de arte. Sentía que era mi última oportunidad de expresarle mi inquietud antes de que se rompiera el encantamiento que endulzaba el aire en aquel lugar.

Al mediodía, me mostró el producto final. El retrato que me devolvía la mirada era idéntico a mí, pero tenía una suavidad y una ternura que yo nunca había visto en el espejo. Cuando desvíe la mirada de la pintura y vi a Julieta, ella esperaba mi reacción con esa misma ternura. Entonces todas mis dudas se disiparon.



CARBONO

Un cuento de Federico Sanchez

Puso su playlist de temas románticos y se ajustó los lentes en el retrovisor. No veía nada más allá de su ego. Su pelo era grueso, oscuro, brillante de gomina barata. La camisa siempre abotonada hasta el cuello. Eran las cinco de la mañana en Constitución. Hoy sí, le dijo al parabrisas. Los primeros pájaros cantaban y los habitantes de la travesía invadían la escena, colándose por las fisuras que dejaban la droga y el descontrol.

Cincuenta y nueve años manejando este taxi. Cincuenta y nueve años esperando algo. Una valija con plata. Una mina que lo mire distinto. Cualquier cosa. Mucha historia, mucha mentira, pero nada había pasado en ese taxi. Nada. Dobló en la calle Brandsen. El auto negro salió del punto ciego que tenía su Classic modelo dos mil. Metal contra metal. Vidrios esparcidos por el suelo. Jhony salió temblando de su auto en estado de alerta, y visiblemente golpeado. La mujer ya estaba afuera, parada junto a su paragolpes frontal en ruinas. Portaba un traje de sastre gris, moderno. Fumaba y estaba al teléfono.

—Tu nombre, DNI y credencial de seguro. Dale que voy a llegar tarde al canal. No es una pregunta.

—Señorita, el auto...—

Jhony abrió su celular con los dedos temblorosos. No encontraba el carnet online o el acceso del seguro, y el dolor empezaba a ser punzante. Lo distraía. La mujer fumaba mirándolo, sin pestañear. Había algo en esos ojos que lo aterraban.

—No lo encuentro. Pero podemos—

—Te espero. Dale. Ni tu nombre me dijiste.

—Jhony.

Ella se apoyó contra el capó de su auto. Sacó otro cigarrillo. Jhony también se apoyó contra su taxi, a tres metros de distancia. Se ajustó los lentes. Intentó sonreír, aunque le dolía todo.

—¿Vive por acá, señorita? Usted tampoco me dijo su nombre.





La mujer lo miró con indiferencia. Pasaron cinco minutos. El cielo se empezaba a poner violeta sobre los edificios sucios de hollín. Jhony seguía buscando. Parecía que lo hacía a propósito. Muy en el fondo le gustaba y podía ser una gran historia, la de coger con alguien que te había chocado hace minutos. La mujer no se movía. Fumaba un cigarrillo tras otro.

—Mire, señorita— dijo él, y dio un paso al frente. ¿Por qué no arreglamos esto nosotros? Un café acá en la esquina y...—

—¿Me estás queriendo levantar, pelotudo? Llego tarde, dale, pasame el celular tuyo así busco yo si no encontrás el carné del seguro.

Jhony sonrió. Esa sonrisa que había usado mil veces. Cincuenta y nueve años probando suerte. Hoy sí. Hoy sí.

—No, pero no es para enojarse, sigo sin saber como te llamás.

La mujer apagó el cigarrillo contra el capó de su auto. Se acercó. Dos pasos. Tres. Jhony sintió el perfume caro de ella mezclado con tabaco, acercando su mano derecha y poniéndola en su mejilla en gesto amistoso. Sus miradas estaban cerca. Demasiado cerca. Pero algo estaba mal. Jhony lo supo un segundo antes, un segundo demasiado tarde.

—No me gustan los taxistas.

El metal de la navaja Opinel de carbono entró dos centímetros arriba de la rodilla y rompió músculo, arterias, venas. Jhony no gritó. Abrió la boca pero no salió nada. Sus manos agarraron el brazo de ella. El dolor se mezcló con calentura por un instante. La sangre empezó a asomar. Oscura y caliente, empapando el jean que había planchado la noche anterior. La mujer limpió la cuchilla en el pantalón de Jhony. Caminó hacia su auto, abrió la puerta, dio marcha y se volvió a ocultar atrás de las sombras. Jhony dio dos pasos para atrás y cayó de rodillas, sosteniendo su herida. No tenía su celular a mano. Estaba en el bolsillo de la señorita. Demasiado lejos. Sus manos apretaban la pierna y la sangre se filtraba entre los dedos. Hubo un grito ahogado de ayuda pero nadie lo escuchó. Desde el taxi, Arjona cantaba: *¿Qué es lo que hace un taxista / enfrente de una dama?*

Un tipo en bicicleta pasó por enfrente. Siguió pedaleando. Jhony se recostó contra la rueda del taxi. La sangre hacía un charco en el asfalto, brillaba con los primeros rayos del sol. Trató de recordar el rostro de la mujer pero ya se había olvidado. Pelo rubio. Traje gris. Nada más. El dolor lo hizo desmayar. El cielo de Constitución aclaraba cada vez más rápido. La sangre seguía saliendo. Tibia al principio. Fría después.

¿Por qué te atrapó lo que leíste hasta ahora?





HUMANOS TV

Un cuento de Macarena Cardozo



Desde hace mucho tiempo observamos a los humanos y todavía no logramos descifrarlos. Son capaces de hacer cosas muy geniales, teniendo en cuenta que tienen cerebros muy pequeños, pero también son famosos en el universo por ser muy tontos... es una gran contradicción para nosotros.

Ya han logrado viajar al espacio —aunque todavía no están ni enterados de que conviven con miles de especies alienígenas alrededor del universo—. Son de las pocas especies predominantes en su planeta que no saben que existen otras formas de vida por fuera de las suyas.

Con las demás comunidades intergalácticas nos hemos puesto de acuerdo para no comunicarnos con ellos y sólo limitarnos a observarlos.

Nos interesa ver cómo evolucionan y lo complejas que son sus emociones, pero sinceramente, lo que más nos gusta a todos es entretenernos con las extrañas cosas que hacen.

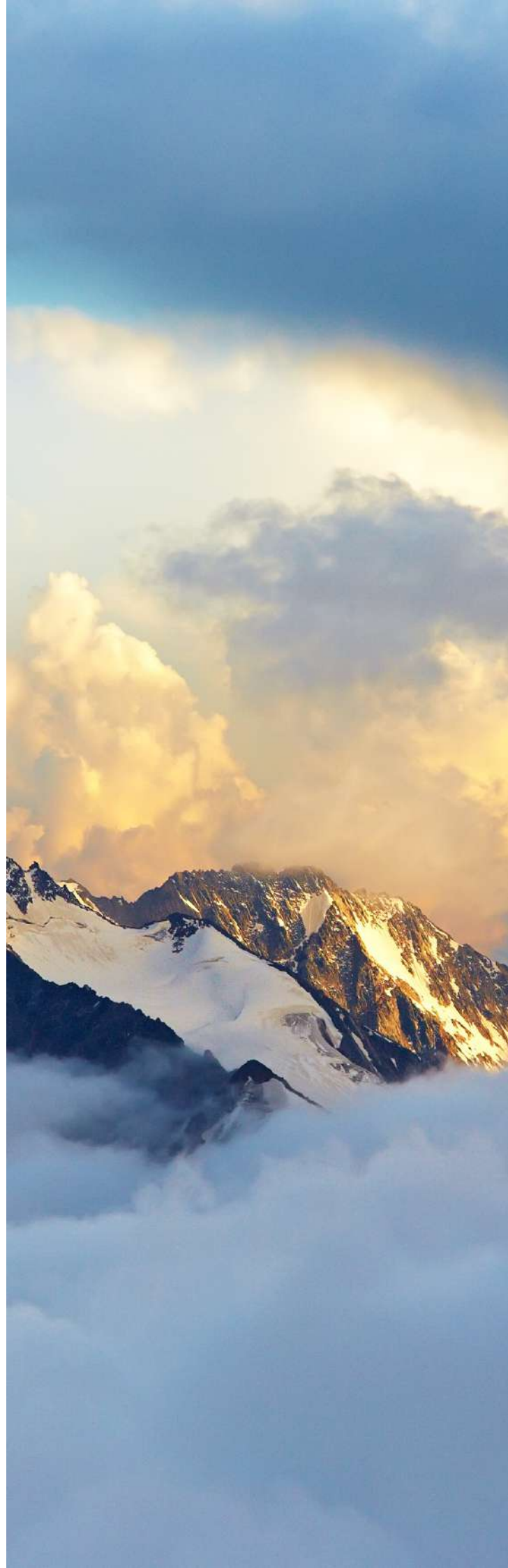
Se me ocurren algunos de los ejemplos que más llaman mi atención: como que tienen muchos vocabularios distintos, llamados idiomas, y solo pueden comunicarse con personas que los compartan. Además, se dividen en sectores denominados países, los cuales cambian cada varios años ya que los humanos se pelean permanentemente por ellos y por que sus países ocupen más territorios. Hasta llegan a matarse entre ellos por este tipo de asuntos.

Para alimentarse comen a otras especies, llamadas animales, pero no comen a todos los animales, parecería importarles más la vida de algunos seres vivos que la de otros. Incluso algunos animales conviven con ellos y forman parte de sus familias. En estos casos los humanos hasta levantan sus excrementos, los bañan y les dan de comer. Nos resulta muy irónico.

También les gusta jugar con sus rostros y sus cuerpos. Es muy común que no estén contentos consigo mismos y realicen muchísimos procedimientos quirúrgicos para modificarse. Últimamente hemos notado, por ejemplo, que gran parte de la población comparte ya la misma nariz, pues al parecer, hay un solo tipo de nariz que es 100% aceptable socialmente. Según hemos visto, no deben ser muy grandes ni muy pequeñas; la punta debe respingar y el tabique debe ser totalmente recto y liso. También les gusta mucho jugar con sus cejas, parece que no logran decidir si lo mejor es tenerlas muy finitas o sumamente gruesas como dos bigotes; esto mismo sucede con los labios. Tampoco se deciden si son más bellos cuando tienen la piel totalmente blanca o cuando están completamente bronceados.

Tienen partes del cuerpo que necesitan cubrir obligatoriamente y otras que están siempre al descubierto. Tenemos especialistas en estudios humanos y ni ellos logran comprender por qué esto es así. Últimamente también se los ve obsesionados con el vello. Hay partes del cuerpo en las cuales les parece terrible tener pelos y otras en las cuales les parece terrible no tener pelo, tampoco terminamos de entender eso.

Otra cuestión que nos llama mucho la atención del humano es que le temen muchísimo a la muerte —aún no se ponen de acuerdo en qué creen que sucede después de ella— pero, al mismo tiempo, hacen cosas completamente autodestructivas que los van acercando paso a paso hacia ese final. Por ejemplo: tienen unos rollitos anaranjados llamados cigarrillos, y les encanta consumirlos. Está probado que estos cigarrillos no tienen ningún efecto positivo para sus cuerpos, sino que solo producen enfermedades. Y aun así muchísima gente los consume.



**“
Uno de los vicios que
más nos llama la
atención es el de las
pantallas. Nos
interesa
puntualmente porque
esta adicción la
comparte
prácticamente toda
la humanidad.
”**

No entendemos siquiera por qué crearon algo así, ¡incluso son legales en todo el planeta!

Descubrimos que los humanos tienen una enorme tendencia hacia los vicios, siendo este uno de los más comunes, pero no el único. Uno de los vicios que más nos llama la atención es el de las pantallas. Nos interesa puntualmente porque esta adicción la comparte prácticamente toda la humanidad. Son capaces de estar horas y horas mirando una pantalla. O varias. A veces, el recreo del uso de una pantalla lo realizan mirando otra un poco más pequeña. Y muchas veces puedes encontrarlos utilizando múltiples pantallas al mismo tiempo.

Es gracioso, parece que estuvieran siendo controlados por ellas.

En fin, son muchas las particularidades de los humanos, si tuviera que ponerme a describirlas todas no terminaría nunca. Para eso están quienes se especializan en el tema. Los simples civiles como yo nos contentamos con observarlos de vez en cuando y entretenernos con sus nuevas ocurrencias. Aunque a veces me pregunto, ¿cambiarían algo en su comportamiento si se enterasen que todo el universo los está mirando?





EL ÚLTIMO VIAJE CON JULIÁN

Un cuento de Alejandra Sunem

Pues ya ni que hacer, quisiera darme un tiro. Esta presión que siento en el pecho es culpa mía, no de él por amarlo, y no haber visto antes que nada de eso era recíproco ni honesto. Su apatía, la ilusión, los planes del futuro, la falta de confianza... En todo eso me equivoque.

En eso iba pensando el día que terminé con Julián mientras manejaba por la carretera oscura de vuelta a mi casa, cinco horas me aventé. Tres años de relación, y no sé cuántas infidelidades, para que terminara así.

En ese tramo de la carretera no había ni un alma, ni una casa, ni un destello de luz. De lado a lado cientos de platanares y los espesos matorrales que crecen en los sembradíos que los jornaleros no cuidan mucho.

No veía nada. Manejaba con los ojos llenos de lágrimas, pensando en cada mentira, cada desconfianza. Mi corazón tenía una herida del tamaño de sus manos. Manejaba también con miedo. Sentía que me iba a salir algo del monte, pude haber librado la autopista pero a como me sentía pensé que era lo menos que me podía pasar.

Unos kilómetros más adelante comencé a ver luz, pero era fuego. Uno de los matorrales se estaba quemando. La carretera comenzó a hacerse más angosta.

Cuando llegue a hasta ese punto sentía que el fuego me quemaba, que el carro se calentaba, que yo me derretía o no sé si solo era el cansancio.

Seguí manejando y eran varias hectáreas, en medio de la nada. A un costado de la carretera vi un carro parado. Presuntamente averiado.



Al lado de él, una mujer con una bebé en brazos. Se veía angustiada, con mucho calor, muy sudada.

Se aventó frente a mi coche, yo frené en seco para no arrollarla. Ella rápido se acercó a la ventana, y yo baje el cristal al ver en su rostro la desesperación. Me dijo que iba a ver a su marido, que si le podía dar el mensaje de que fuera ayudarla. Yo asentí con la cabeza. Sacó un sobre que dijo que tenía dinero, que tenía escrita la dirección me pidió entregárselo.

Al pasármelo toqué su mano. Sentí un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo. Se sentía fría.

Miré a la bebé y le dije "qué linda la nena". La bebe me sonrió. Cuando vi su sonrisa me quedé helada. Sus dientes... tenía colmillos. Eran enormes, afilados, sucios. Tan torcidos y feos.

Arranqué en ese mismo instante. Le pisé el acelerador y no miré atrás. Tomé el sobre de la mujer. Saqué la mano por la ventana y lo aventé al monte.

El calor fue disminuyendo. El fuego no lo vi más. Acababa de ver una aparición. Un demonio, a la muerte... ¡sabrá Dios qué! y encendí la radio para pasar el susto.

Escuché: *por eso te esperaba que llegaras con rosas mil rosas para mí...*

Apenas si respiraba.

Si he de morir, he de morir amando hasta el final. Con honor, con sensibilidad, con ternura. Pensé, y me fui escuchando la canción y el palpito de mi corazón.





INVITACIÓN

Escribir es una aventura. Si este querés sumarte, hay un lugar para vos.

Empezá hoy a desplegar tu creatividad y todas las historias que tenés por contar.

Contactame por whatsapp [tocando acá](#)

o por instagram en Chechi_Ros

Espero que este eBook te inspire.

Gracias a todas las autoras y autor que formaron parte del Compendio Volumen 4, por prestar sus textos para esta publicación.